

EXPERIENCIAS

XIX CENTENARIO DE LA VENIDA DE SAN PABLO A ESPAÑA

(63-1963)

(Catequesis de Historia Eclesiástica)

Con este artículo se pretende facilitar al catequista de alumnos mayores la preparación de algunas lecciones de Historia Eclesiástica, acerca de las *pruebas* de la venida del Apóstol de las Gentes a España.

En la exposición de las pruebas o argumentos seguiré el siguiente

Plan	I. Fuentes canónicas . . .	}	Hechos de los Apóstoles (27, 2).	
			Epístola a los Romanos (15, 24 y 28).	
	II. Fuentes extracanónicas	}	Epístola 2 a Timoteo (I, 8, 12, 16, 17; 2, 9; 4, 17).	
			1. Texto de San Clemente Romano (Epíst. Cor, V).	
			2. Fragmento Muratoriano.	
			3. Hechos de Pedro con Simón.	
			4. Hechos de Pedro y Pablo.	
			5. Testimonios de	
			San Atanasio.	
			San Epifanio.	
			San Juan Crisóstomo.	
			San Jerónimo.	
			Teodoro de Ciro.	

Concentrada la atención española en Santiago, se ha descuidado casi totalmente el viaje de San Pablo a nuestra patria; y, con todo, históricamente, tiene éste raíces mucho más hondas que aquél. Sin duda, por eso ha logrado despertar el interés de no pocos críticos

extranjeros. Entre todos sobresalen Werner, Gams, Spitta, Steinmetz, Zahn, Savio y Dubowy.

El trabajo de Spitta es uno de los más profundos, si bien hay que advertir que en algunas de sus apreciaciones se reflejan sus errores protestantes. El P. Savio defiende el tema con verdadero cariño¹, y Dubowy expone el argumento de San Clemente romano extensamente, con rigor científico severo y vigoroso.

En España no hay ninguno, a juicio del P. Villada², que haya tratado el asunto a fondo. Ambrosio de Morales le dedica un capítulo entero en su *Crónica general de España*³, pero desconoce los tres argumentos principales en que el hecho estriba, a saber: el *testimonio de San Clemente*, el del *Fragmento Muratoriano* y el de los *Actus Petri cum Simone*, que se han encontrado después que él escribió.

Algunos años más tarde, publicó una disertación sobre el mismo asunto el P. Gaspar Sánchez, S. I.; pero tampoco tuvo noticia de los tres argumentos mencionados, por haber publicado su obra en 1616, antes que apareciera ninguno de ellos. Además, incurrió el P. Sánchez en dos errores históricos bastante notables; pues aceptó como auténticos e incontrovertibles el testimonio de una carta del pseudo-areopagita y el del Catálogo bizantino sobre los Apóstoles, atribuido falsamente a San Hipólito⁴.

La disertación del P. Flórez es algo más crítica que las anteriores, pero también incompleta. Aquel infatigable trabajador acogió ya en su escrito el testimonio de San Clemente, aunque apenas si lo discutió. En cambio, del *Fragmento Muratoriano* no dice ni una sola palabra, a pesar de que había sido publicado ocho años antes que su trabajo. Tampoco conoció el testimonio de los *Hechos de Pedro con Simón*, admitiendo, en cambio, como auténtico el apócrifo de San Hipólito.

Algo más serio que todo lo precedente se podía esperar de la *Historia Eclesiástica de España*, escrita por La Fuente; pero este autor se contenta con transcribir lo que dice Ambrosio de Morales. Y no sólo ignoró los nuevos argumentos, que habían aportado los descubrimientos históricos modernos, pero ni aun siquiera se percató de que ya en Flórez había nuevo material y mejor expuesto que en la *Crónica General de España*.

¹ *La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna*, Roma, 1914.

² GARCÍA VILLADA, Zacarías, S. J., *La venida de San Pablo a España*, Razón y Fe, t. XLVIII, 1914, p. 171. Este ilustre jesuita palentino, gloria de las letras eclesiásticas, trató a fondo este tema en los tomos 38 y 39 de la citada revista, y más tarde le incluyó en su célebre *Historia Eclesiástica de España*, tomo I, primera parte; obra nunca bien ponderada, que no pudo terminar, por haber sido asesinado en 1936, durante la revolución roja; y para cuya obra magistral preparó treinta mil fichas y seis mil fotografías.

³ L. IX, c. XI, pág. 248 y ss. (Alcalá de Henares, 1574.)

⁴ Se halla en Migne (*P. G.*, X, 951-54) entre las obras espurias del Santo, y no se menciona en ninguno de los catálogos de sus obras. Véase ADHÉMAR D'ALES, *La Théologie de Saint Hipolite*, Paris, 1906, p. XLVIII.

Menéndez y Pelayo, en medio de su brevedad, demuestra más conocimiento de causa que todos los anteriores, aunque también ha aceptado como auténtico testimonio de San Hipólito el del catálogo bizantino, y ha dejado pasar por alto el de los *Actus Petri cum Simone*.

I

LAS FUENTES CANONICAS

La primera noticia que del viaje de San Pablo a España poseemos se la debemos a él mismo. Hacia febrero del año 58 escribía desde Corinto a los *Romanos* estas palabras: «Cuando emprenda mi viaje para España, espero al pasar visitaros y ser encaminado por vosotros a aquella tierra, después de haber gozado primero en parte de vuestra compañía»⁵; y un poco más abajo añade: «Cumplido, pues, este encargo, y en habiéndoles entregado este fruto, me iré, pasando por vosotros, a España»⁶.

En estos textos expresa San Pablo un proyecto doble: primero, el de visitar, aunque sólo sea de paso, la cristiandad de Roma; y segundo, el de ir a predicar el Evangelio a España.

Entre todas las cartas pastorales, merece especial atención la *segunda* escrita a *Timoteo*, por ser la que con más claridad confirma la doble prisión del Apóstol en Roma, y la que hace ya una alusión a su viaje a España.

Esta carta la escribió San Pablo desde Roma⁷, estando en la cárcel y encadenado. «No te avergüences del testimonio del Señor, ni de mí, encadenado por él»⁸. Esta misma idea de su encadenamiento la vuelve a repetir en los versículos 12 y 16 del mismo capítulo y en el 9 del capítulo 2. Lo que interesa saber ahora es de qué cadena y de qué prisión habla aquí el Apóstol, si de la sufrida en el 63, o de otra posterior. Un cotejo de las noticias, sentimientos y estilo de esta carta con las noticias, sentimientos y estilo de las dirigidas del 61 al 63 a los efesios, a los colosenses, a Filemón y a los filipenses, lleva al resultado de que aquí habla de una segunda prisión romana.

En efecto, aludiendo a su viaje, da San Pablo a su discípulo Timoteo la siguiente noticia: «Erasto quedó en Corinto, y a Trófimo le dejé enfermo en Mileto»⁹. De aquí se saca que el Apóstol, antes de escribir esta carta, fue a Roma, pasando por las dos mencionadas ciudades. Ahora bien, sabemos que en su primera pri-

⁵ Rom. 15, 24.

⁶ Rom. 15, 28.

⁷ 2 Tim. 1, 17.

⁸ Id. 1, 8.

⁹ *Ibid.* 4, 20.

sión, al ir de Cesarea a Roma, no pasó ni por Corinto, ni por Mileto¹⁰; luego es evidente que aquí habla de otro viaje posterior a aquél, y la cautividad en que se encuentra es otra posterior también a aquella primera.

En el capítulo IV, versículo 17 de la 2 Tim., escribe: «El Señor, con todo, me asistió y alentó para que yo acabase de predicar y me oyesen todas las naciones: y fui librado de la boca del león (de la muerte).» Estas palabras tienen fuerza especial y conviene ponerla de relieve. En efecto, hemos visto que el año 58 escribía San Pablo a los romanos que, no quedándole ya lugar ninguno para evangelizar en Oriente, había resuelto dirigir sus pasos a España. En la carta a Timoteo, escrita durante su segunda prisión, hacia el 67, afirma rotundamente que ha dado ya cima a sus proyectos evangélicos *y le han oído todas las naciones*; luego de estas dos premisas parece deducirse lógicamente que en este tiempo había ya realizado su proyectado viaje a la península Ibérica.

II

FUENTES EXTRACANONICAS

1. *El testimonio de San Clemente Romano.*

San Clemente Romano fue uno de los inmediatos sucesores de San Pedro en el Pontificado. Según San Ireneo, que ciertamente estaba bien enterado de la vida de San Clemente, éste conoció y trató personalmente a los Apóstoles Pedro y Pablo¹¹. De aquí se deduce que pudo y debió conocer los últimos hechos del Apóstol de las gentes. Por fortuna, nos los ha dejado consignados brevemente, es verdad, pero con la suficiente claridad. La ocasión se la dieron los cristianos de Corinto, pues hacia el año 96 volvieron a retoñar entre los fieles de dicha ciudad las disensiones que habían brotado en tiempo de San Pablo¹². San Clemente les escribió una carta hermosísima, donde puede leerse: «Por la envidia y el odio mostró Pablo el premio de su paciencia. Habiendo sido encadenado siete veces, habiendo logrado escapar, habiendo sido apedreado, hecho pregonero del Evangelio en Oriente y Occidente, alcanzó la ilustre fama debida a su fe. Después de haber enseñado la justicia a todo el mundo y haber ido hasta los términos de Occidente, y haber sido martirizado en tiempo de los prefectos, salió del mundo y se fue al lugar santo, siendo sumo dechado de paciencia.»

Las frases que nos interesan son las que se refieren a los sitios

¹⁰ Hech. 27, 2.

¹¹ *Adversus haereses*, lib. III, c. 3, 3.

¹² I Cor. 1, 10 y ss.

en que predicó San Pablo, a saber: 1.^a, *hecho pregonero del Evangelio en Oriente y Occidente*; 2.^a, *enseñó la justicia a todo el mundo*, y 3.^a, *habiendo venido hasta los términos del Occidente*.

Como se trata de una cuestión esencialmente geográfica, hay que consultar a los geógrafos, sobre todo a los del I siglo, para ver lo que ellos entendían por los *términos de Occidente*.

Polibio: El término de Europa occidental dice que lo formaba *Iberia*, que se extiende desde el Pirineo hasta el ocaso, hasta las Columnas de Hércules¹³.

Posidonio (135-45 antes de Cristo) llama al templo de Cádiz el *límite de la tierra y del mar*.

Estrabón, contemporáneo en parte de San Clemente. Vivió en Roma y escribió en griego diecisiete libros de Geografía. Habla de *España* en distintos lugares de su Geografía; y al querer fijar su situación geográfica, *afirma* categóricamente varias veces que es el *término occidental de Europa*. En el libro segundo pone como límite del mundo al monte Tauro, por el Oriente; y por el Occidente, el mar de las *Columnas de Hércules*. A éstas llama *límite de lo habitado, por el Occidente*¹⁴.

Este argumento de Estrabón da a la frase de San Clemente¹⁵ fuerza irrefragable.

Pomponio Mela, español, que vivió a mediados del siglo I.

En su obra *De situ orbis*¹⁶ encontramos la idea de que el estrecho de *Gibraltar* es el fin de Europa por la parte de Occidente.

Plinio el Viejo en su *Historia Natural* dice: «Su origen (de la tierra)¹⁷ es en la puesta del Sol y en el *estrecho gaditano*.» Y algo más abajo: «*España* es la *primera* de todas, llamada *ulterior*.» De la misma opinión fueron Justino, (historiador del siglo II), Ausonio (siglo IV), Idacio (siglo V), San Isidoro y San Valerio (siglo VII). Basta con esto para probar que la frase de San Clemente no se puede aplicar más que a España. Y con esto queda determinado su valor *geográfico*.

Resta fijar su valor *histórico*, esto es, la fuente de donde sacó San Clemente esta noticia.

La noticia de la predicación de San Pablo en España no se ve de dónde la pudiera haber tomado. Como conoció y trató personalmente a San Pedro y San Pablo, *pudo* y *debió* saber muchos de los hechos de los Apóstoles; unos, por habérselos oído a ellos mismos y a sus compañeros; otros, por haberlos presenciado él como testigo ocular. Y en esto estriba precisamente el valor de su testimonio en nuestro caso. San Clemente nos cuenta lo que sabía a ciencia cierta. La afirmación, pues, de que San Pablo estuvo en

¹³ *Polybii Historiarum reliquiae*, lib. III, c. 37.

¹⁴ *Strabonis Geographica*, lib. II, c. 1, 31; II, 11, 1; V, 27, 14; II, 25; III, 1, 4.

¹⁵ Vid. GARCÍA VILLADA, o. c., p. 309.

¹⁶ *De situ orbis*, lib. II, c. 6.

¹⁷ *Hist. Nat.*, lib. III, *Proemium*.

los términos del Occidente es verdadera, y su exactitud no puede ponerse en duda. Como, por otra parte, queda suficientemente probado que por *términos del Occidente* hay que entender *España*, se sigue que San Clemente afirma que el Apóstol de las gentes realizó su proyectado viaje a la península Ibérica.

Esta demostración nos parece rigurosamente histórica; y negar fuerza probatoria a las palabras de San Clemente sólo lo puede hacer, a nuestro juicio, quien no las haya examinado más que por encima, como le pasó al P. Leclercq¹⁸, o esté ofuscado por prejuicios aprioristas, como Duplacy¹⁹. Pero quien las estudie imparcialmente, creemos que no podría por menos de llegar a la consecuencia a que hemos llegado nosotros, aunque sea protestante, como lo son, verbigracia, Spitta y Teodoro Zahn²⁰, que defienden su valor histórico.

2. *Fragmento Muratoriano.*

El segundo testimonio explícito en pro del viaje de San Pablo a España lo ofrece el *Fragmento Muratoriano*. Es éste parte de un canon o catálogo de los libros del Nuevo Testamento, dado a luz por *Murator* en 1740. Se le llama Muratoriano por razón del sabio que lo encontró y dio a conocer por primera vez. Hoy todos los críticos están de acuerdo en admitir que se escribió entre el año 160 y 220 de la Era cristiana, en Occidente, y probablemente por un conspicuo romano. Las palabras relativas a nuestro asunto dicen así:

«Los hechos de todos los Apóstoles están escritos en un libro. Lucas, óptimo Teófilo, cuenta lo que sucedió en su presencia, como lo prueba evidentemente su silencio acerca del martirio de Pedro y del viaje de San Pablo desde Roma a España»²¹: «*Acta autem omnium apostolorum sub uno libro scripta sunt. Lucas, optime Theophile, comprehendit, quae sub praesentia eius singula gerebantur, sicuti et remota passione Petri evidenter declarat, sed et projectionem Pauli ab Urbe ad Spaniam proficiscentis*».

El autor hace aquí mención del libro de los Hechos de los Apóstoles. Pasa luego a explicar a Teófilo lo que este libro contiene y afirma que San Lucas se ciñó a narrar en él lo que presencié por sí mismo, como lo prueba el haber callado el martirio de Pedro y el viaje de Pablo a España.

La demostración no es quizá del todo contundente, pero da fe (y esto nos basta) de que el autor del fragmento estaba totalmente convencido de que San Pablo realizó su proyectado viaje a la pe-

¹⁸ *L'Espagne chrétienne*, Paris, 1906, p. 27 y 28.

¹⁹ Cfr. *Catéchistes*, núm. 53, p. 4.

²⁰ *Realencyklopädie*, vol. 15, p. 86.

²¹ RAUSCHEN, Gerardus, *Fragmentum Muratorianum (Florilegium Patris ticum*, Bonnae, 1905, fasc. III, p. 29 y 30).

nínsula Ibérica. Esto nos lo transmite como cosa segura y sabida; tan segura y sabida como el martirio de San Pedro en Roma.

Ni cabe oponer que quizá se inspirase el autor del Fragmento, al escribir esto en la carta a los Romanos o en el testimonio de San Clemente; pues por mucho que se quiera aguzar, no parece fácil encontrar fundamento ninguno, ni literario ni real, para sostener esta aserción. Lo que del fragmento se deduce es que hacia fines del siglo II, cuando aún estaba en la Iglesia romana vivo el recuerdo de los dos príncipes de los Apóstoles, era allí corriente la persuasión de que San Pablo había partido de Roma a evangelizar nuestra patria.

3. *Hechos de Pedro con Simón.*

Esta consecuencia la corrobora otro documento importantísimo mencionado ya al principio de este artículo. Nos referimos a los *Actus Petri cum Simone*, que se conservan en diversas lenguas²². Su texto original parece haber sido griego. Así lo sostiene Zahn, con poderosos argumentos, contra Lipsio, que se decidió por la prioridad del texto latino. Del texto griego (μαρτύριον τοῦ ἁγίου ἀποστόλου πέτροου) no existe actualmente más que un trozo del final en dos códices, uno en Patmos, del siglo IX, y otro del monte Atos, del siglo X u XI.

La traducción latina se encuentra en un manuscrito de la biblioteca capitular de Vercelli, del siglo VII. Este texto está casi completo; no presenta más que una ligera laguna hacia el fin, que se puede llenar con restos del original griego.

El tiempo en que fueron escritos los *Hechos de Pedro con Simón* está bastante determinado: Zahn, Lipsio y Bardenhewer los colocan en la segunda mitad del siglo II, hacia el año 170; Harnach, en la primera mitad del siglo III. Lo que no está todavía bien resuelto es quién fue su autor.

El escrito tiene por fin celebrar la victoria que alcanzó San Pedro en Roma de Simón Mago y el martirio del Príncipe de los Apóstoles. Y pinta el cuadro que presentaba la cristiandad en Roma a causa de la soledad en que había quedado al partir San Pablo para España. Esta partida del Apóstol nos la cuenta el autor con minuciosidad extraordinaria: «... Después de haber ayunado Pablo tres días y pedido al Señor le comunicase lo que más le convenía, tuvo una visión en la que el Señor le dijo: "Levántate, Pablo, y, presentándote a los que están en España, sé su médico." Contó a los hermanos lo que Dios le había ordenado, y sin titubear se aprestó para salir de la ciudad..., pusieron en el navío todo lo necesario para el viaje, le entregaron dos jóvenes cristianos para que le acompañasen en la navegación y le despidieron en el Señor, volviéndose

²² *Acta Apostolorum Apocrypha* post Constantinum Tischendorf denuo ediderunt R. A. Lipsius et M. Bonnet. *Pars prior*. Lipsiae, 1891, p. 45-103.

todos a Roma... "Desde que se fue Pablo a España, no se ha encontrado ninguno entre los hermanos que nos consolara."»

Estos párrafos pertenecen a la literatura apócrifa.

En ella hay que distinguir el elemento real y verdadero y el legendario.

Los tres hechos relativos a San Pedro (predicación, persecución, martirio) no pueden ponerse en duda.

Lo del viaje de San Pablo a España tiene tres puntos importantes: 1.º, afirma que San Pablo emprendió su viaje a España; 2.º, la ocasión (una revelación); 3.º, la despedida en el puerto de Ostia.

Al primero no se le puede negar realidad objetiva, como lo prueban el texto de San Clemente y el Fragmento Muratoriano.

Zahn y Schmidt creen como muy probable que los *Hechos de Simón con Pedro* y el *Fragmento Muratoriano* dependen el uno del otro. Lo que deducen de que ambos *callan* el martirio de San Pablo, mencionan el momento mismo de la *despedida* y emplean la misma palabra *Spania*:

ACTUS PETRI CUM SIMONE

FRAGMENTUM MURATORIANUM

In eodem erat ut proficisceretur ab urbe. Paulus profectus est in Spaniam.

Sed et profectionem Pauli ab urbe ad Spaniam proficiscentis.

Estos indicios dan probabilidad grande, pero no certeza histórica; ya que el *Fragmento Muratoriano* fue escrito originariamente en latín, y en Roma a lo que parece; y los *Actus Petri cum Simone*, según todas las probabilidades, en griego, y quizá en Asia. Mas no por esto deja de ser cierto que a fines del siglo II el pueblo cristiano, para el que fueron compuestas estas dos obras, estaba persuadido de la venida de San Pablo a España.

No sería difícil el que el episodio de la revelación divina hubiese sido inventado por el autor de los *Hechos de Pedro con Simón*, o por la fantasía popular.

El viaje, según el documento, lo ejecutó el Apóstol por mar. San Jerónimo da como seguro «que el Apóstol fue llevado a España en naves extranjeras». Dado el deseo que tenía de predicar el Evangelio en España, parece que escogiera este modo de transporte, tan expedito y seguro.

4. *Hechos de Pedro y Pablo.*

Otro documento muy parecido al anterior son los *Hechos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*, que narran el martirio de los dos príncipes de los Apóstoles en Roma. Se cree que son de fines del siglo II o principios del III. El texto se conserva en dos composiciones algo diferentes entre sí. Según Lipsio, la más pura es la del manuscrito de Venecia (Biblioteca Marciana); su título es *Μαρτύριον τῶν ἁγίων ἀποστόλων πέτρου καὶ παύλου*, y el de los latinos, *Passio Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli*. El manuscrito de Venecia em-

pieza la narración mencionando el viaje de San Pablo a España: «Habiendo llegado San Pablo a Roma desde España, le salieron al encuentro todos los judíos.» Lipsio teme que la lectura del códice marciano ἀπὸ τῶν Σπαρτών a pesar de ser el más puro, sea una añadidura, pues no se encuentra en ningún otro manuscrito. Esta hipótesis tiene visos de probabilidad. Pero aunque así fuera, es indudable que la añadidura respondería a la tradición y al texto original del presente documento, en el que se habla del viaje de San Pablo a Roma, realizado después de la libertad de su primera prisión.

5. Testimonios.

En el siglo IV, no uno, sino varios Padres, hablan de este viaje del Apóstol. El más antiguo de todos es *San Atanasio* (295-373).

Escribe a Draconcio exhortándole a que acepte el obispado de Hermópolis (hoy Damanhour, Egipto) e imite el celo de San Pablo, «el cual tuvo buen cuidado de predicar el Evangelio desde Jerusalén hasta el Ilírico, ni dudó de ir a Roma y encaminarse a España para que tanto mayor fuese su galardón, cuanto más grande había sido su trabajo»²³.

Casi al mismo tiempo estampó *San Epifanio* (315?-403) la afirmación categórica de que «Pablo llegó a España»²⁴.

San Juan Crisóstomo (344?-407) habla repetidas veces de este asunto, y con crítica y discernimiento singulares. «Se puso de nuevo en camino para España»²⁵, «luego fue puesto en libertad; después fue a España, luego se encaminó a Judea»²⁶.

San Jerónimo (331-420), al hablar de San Pablo, dice: «... fue llevado a Italia, y luego, escribe él mismo, a España en naves extranjeras». Esta misma aseveración volvemos a encontrarla en sus Comentarios a la Profecía de Amós²⁷.

Teodoreto. Este escritor eclesiástico ha tratado esta cuestión varias veces. Comienza en la carta a los romanos (XV, 24), y ve aquí un mero deseo, aunque ferviente, expresado por el Apóstol de ir a España²⁸. En las palabras dirigidas desde la cárcel de Roma a los filipenses²⁹: «Sé que quedaré y permaneceré para todos vosotros, para vuestro aprovechamiento y gozo de la fe», ve que Pablo profetiza su próxima libertad. En estas otras de la segunda epístola a Timoteo³⁰: «Y fui librado de las garras del león», ve la verificación de esa profecía. Y, finalmente, en las frases de la misma carta (4, 16-17): «El Señor me asistió y alentó, para que por mí

²³ Migne, P. G., 25, 52.

²⁴ *Adversus Haereses*, lib. I, haeres. XXVII, Migne, P. G., 41, 347.

²⁵ Migne, P. G., 62, 659.

²⁶ *Ibid.* 63, 11.

²⁷ Migne, P. L., 25, 1043.

²⁸ Migne, P. G., 82, 213.

²⁹ Fil. 1, 25.

³⁰ 2 Tim. 4, 7.

diera pleno cumplimiento a la predicación y lo oyeran todas las gentes», y en los últimos versículos de los *Hechos de los Apóstoles*, ve el sagaz escritor una prueba convincente de que, una vez alcanzada la libertad, fue San Pablo a España y a otros países a llevar la luz del Evangelio³¹. La demostración no deja nada que desear, pero recibe nueva fuerza con estos tres argumentos: 1.º San Pablo solía ir donde había judíos. *Judaeo primum et Graeco* (Rom 1, 16). En España, máxime en el sur, había colonias de judíos en aquellos tiempos. Lo atestigua una inscripción de Adra, en Almería, de principios del siglo III, y los cánones del Concilio de Elvira, 49, 50 y 68.

2.º La segunda es la elevada cultura alcanzada por esta provincia romana, que por fuerza conocería el Apóstol; y la tercera, la tradición de los siete Varones apostólicos que propagaron la fe por la Península.

EN RESUMEN: Las fuentes canónicas nos muestran con certeza que San Pablo tuvo el propósito decidido de evangelizar a España, y que estuvo dos veces prisionero en Roma, una desde el 61-63, y otra, al fin de su vida, hacia el año 67. Además, de estas fuentes se deduce con sólida probabilidad el viaje de San Pablo a España.

Las fuentes extracanónicas, a saber: el *texto de San Clemente*, el *Fragmento Muratoriano*, los *Actus Petri cum Simone*, el manuscrito marciano de los *Hechos de Pedro y Pablo*, y los testimonios de *San Atanasio*, *San Epifanio*, *San Juan Crisóstomo*, *San Jerónimo* y *Teodoreto* nos dicen unánimemente que en el intervalo de las dos prisiones romanas realizó el Apóstol su proyectado viaje a España. Pero fijemos bien la atención en la fuerza de los argumentos: Estas fuentes pertenecen a los siglos I, II, III, IV y V; vienen de muy distintas Iglesias del mundo; son independientes de la carta a los Romanos, y algunas de ellas, independientes también entre sí.

De donde se sigue que en los cuatro primeros siglos del cristianismo, la tradición del viaje de San Pablo a España fue entre los fieles común y no interrumpida. Y como frente a esta tradición común e ininterrumpida, no solamente no existe ninguna otra contraria, pero ni siquiera rastros que pudieran dar lugar a controversia, resulta que el viaje de San Pablo a España hay que aceptarlo como un hecho *históricamente* cierto.

A mayor abundamiento, el *P. Ceslao Spicq*, O.P., afirma:

«En conclusión, este viaje a España se presenta como un hecho *histórico* cierto. Sólo testimonios explícitos en contrario podrían ponerlo en duda; pero éstos no existen»³².

L. Miguel VESGA, FSC.

³¹ Migne, P. G., 82, 586. *Ibid.*, 80, 1005.

³² Cfr. *Saint Paul: Les Epîtres Pastorales*, par le R. P. C. Spicq, O. P., Paris, 1947, p. LXXXIII.